

Érase una vez una isla muy lejana a la que nunca había llegado el hombre y donde las aves, los peces, las tortugas, los caimanes y otros muchos animales vivían contentos y en armonía. Todo era silencio, solo se oía el sonido del agua al fluir por ríos y cascadas, el viento que acariciaba el tronco de las elevadas palmeras o el canto de alguna cacaatúa al pasar.

Un día surgió un barco del horizonte y poco a poco fue acercándose a la playa. La tormenta de la noche anterior le había dañado el motor y navegaba despacio en busca de una bahía donde fondear mientras lo reparaban. Una pequeña barquita llevó a la tripulación a la costa y en menos de una hora el bullicio invadió la arena: a los gritos de los marineros y del cocinero se unieron las órdenes del capitán. Bajaron en su jaula a Tuco, el loro que les acompañaba en todas sus travesías y que cada vez que alguien le hablaba algo respondía siempre igual: «El doble te deseo yo a ti». También bajaron Ted y Peny, dos perros de raza imprecisa que el cocinero había adoptado en el último puerto en el que atracaron. En cuanto pisaron la arena, los perros comenzaron a corretear en zig-zag, jugando a cogerse sin pillarse nunca.



## Epílogo para padres y educadores

¿No es la «imperfección» del ser humano lo que le hace «perfecto»? ¿Y no es esta imperfección el motor que le mueve a reducirla y le mantiene activo y hace de la vida un camino de logros? El crecimiento y desarrollo humanos están impulsados por esta cualidad de lo inacabado, de no tenerlo todo, de faltar siempre algo, de sentir carencias, de las múltiples parcelas por mejorar...

Aceptar esta realidad desde pequeños –nadie es perfecto ni lo tiene todo– ayudará después a tolerar mejor las frustraciones, a evitar complejos cuando no se dé la talla. Las habilidades y competencias no se distribuyen por igual en todas las personas ni en todas las áreas de la vida, de tal manera que presentamos habilidades en algunas cosas pero no en otras. Todos somos diferentes en esta distribución de capacidades y esta diferencia es un valor añadido que nos enriquece. Pero a la vez todos somos iguales en materia de derechos y en dignidad como personas.

Desde este punto de vista, la discapacidad es inherente al ser humano: todos somos discapacitados. No somos perfectos, ni lo seremos. Tampoco lo tenemos todo, ni lo tendremos.

Es cierto que hay personas a las que les falta más o, mejor dicho, les faltan capacidades más necesarias para adaptarse a la sociedad actual; una sociedad que enfoca el déficit, el daño o la carencia y que invisibiliza las competencias. Unas competencias han podido desarrollarse justamente a partir de esa carencia, daño o déficit, es decir, de la discapacidad. Hay quien no puede andar pero tiene una habilidad magistral con las manos. Hay quien no tiene manos pero pinta con la boca unos óleos propios de grandes maestros. Hay quien no puede hablar pero transmite con los gestos lo que las palabras no pueden decir. Hay quien no ve con los ojos del cuerpo pero lo ve todo con los ojos de la intuición o ha desarrollado un fino oído que le convierte en un excelente músico...

En las últimas décadas, en la psiquiatría y la psicología ha tomado un papel importante el concepto de resiliencia. Es un concepto originario de la física que describe la capacidad de algunos cuerpos o metales para resistir el golpe y la presión sin destruirse ni alterarse. Aplicado a las ciencias humanas hace referencia a la capacidad del hombre para reanudar su desarrollo y adaptación a pesar de las circunstancias especialmente desfavorables en que se encuentre. Incluye tres momentos: la exposición a la adversidad, la resistencia ante esa situación difícil y la capacidad de avanzar a pesar de la experiencia traumática.

Y eso es posible gracias a una de las cualidades más saludables del ser humano, la plasticidad, es decir, la capacidad para adaptarnos a los cambios e, incluso, para producirlos. Por otra parte, las personas no vivimos aisladas sino en interacción constante con los demás. Ambos factores, plasticidad e interacción, hacen posible que la historia de vida de cada uno no sea una historia cerrada, estática y determinada sino una historia que se puede cambiar una y otra vez, solo es preciso un entorno propicio. La resiliencia no es una cualidad intrínseca y estructural del individuo, sino que se adquiere en la relación con el entorno, pero hay entornos que propician la resiliencia de sus miembros mientras que otros la bloquean e interfieren en ella. Por esto, el entorno se puede transformar en impulsor del crecimiento a pesar de la experiencia discapacitante pero también a partir de ella. Las situaciones más

difíciles son las que impulsan el desarrollo de capacidades especiales que no se hubieran adquirido desde el confort. Estas situaciones se convierten en oportunidades para reconstruir la percepción del mundo, el sistema de valores y la forma de entender las relaciones con nosotros mismos y con los demás.

Por otra parte, el concepto de discapacidad es relativo y está sujeto a la representación social, es decir, a las creencias y valores que la cultura tiene al respecto. Es cierta la máxima de que «Somos lo que pensamos». En una sociedad competitiva como la nuestra la discapacidad tendrá un valor peyorativo, invalidante y de exclusión a veces incluso más discapacitante que la propia discapacidad.

Todos los seres humanos pero en particular los niños y las niñas, especialmente si presentan algún tipo de dificultad, necesitan ser reconocidos como personas válidas y merecedoras de afecto para sentirse bien, para tener fuerza a la hora de hacer frente a las adversidades.

El objetivo de *Kiko, el perro que no podía ladrar*, es recordar que se puede –y se debe– proporcionar un entorno resiliente a todos los niños y las niñas afectados por alguna de estas situaciones que denominamos «discapacidades». Un entorno en el que sean tratados, ante todo, como personas con todos los derechos sin olvidar que son personas más vulnerables simplemente por ser niños y niñas, y, por lo tanto, dependientes de los adultos para sobrevivir. Los niños y las niñas necesitan además un entorno que tenga en cuenta sus circunstancias particulares, como su discapacidad, pero sin olvidar todas sus fortalezas, capacidades y habilidades.

Porque el niño discapacitado no es un ser humano «averiado», es un ser humano.

Kiko es mucho más que un perro que no puede ladrar. Es el protagonista de una historia de dolor porque carecer de ladrido, en el mundo de los perros, eso le crea dificultades importantes que hacen que se sienta inferior. En cambio, en un contexto diferente, como animal de compañía, se transforma en un ser especial y muy valioso para su dueña, no por el hecho de no ladrar (cosa que agradecen mucho los vecinos) sino por todas las cualidades que posee y que hacen de su discapacidad algo secundario.

Pero también es un cuento de esperanza, la esperanza de poder encontrar, como le ocurre a Kiko, un entorno que amortigüe los efectos de la discapacidad y realce todas las competencias, valores y habilidades que se poseen.

Cambiar nuestra percepción es cambiar nuestra forma de relacionarnos con los Kikos y las Kikas de nuestro entorno, es cambiar nuestras expectativas de lo que son o no son capaces de lograr, es invitarlos a participar en el juego de la vida. Solo necesitan de alguien como Marta, de alguien como tú.

Este cuento está pensado para todos los niños y las niñas que a pesar de sus dificultades añadidas luchan todos los días por sobrevivir. Es mi deseo llevar a sus vidas un rayito de esperanza. También está pensado como reconocimiento a todos los adultos (padres, madres, educadores y otros muchos) que, gracias a su empatía y altruismo, lo hacen posible. Y para aquellos que aún no disfrutaban de nuestro entusiasmo y compromiso, con el fin de que rompan su indiferencia y se unan a esta red social.